

Es curioso, e incluso interesante, desmontar el mecanismo valorativo que ha degradado al «best-seller». Es el mismo mecanismo valorativo que ha tendido a fijar la jerarquía de los metales según la cantidad de manos que puedan poseerlos. El oro, el platino y el uranio, como los más y mejores metales, puesto que están al alcance de las menos manos. Es curioso, porque recientemente, en el transcurso de una conversación a propósito de García Márquez y de «cómo no— Cien años de soledad, tuve que oírme el siguiente comentario: «Cuando la lei me gustó mucho, pero ahora, con tanta venta, empiezo a desconfiar». Funcionaba un mecanismo aristocrático de la obra degustada por pocos, como el caviar de importación o las vacaciones en las Bahamas.

Hay un tipo de literatura experimental, forzosamente al margen de constituirse en «servicio público», que está legitimada por la lógica interna de la cultura literaria. Joyce probablemente será siempre un escritor de inmensas minorías y, sin embargo, su influencia ha llegado hasta la fotovela. Dentro de cincuenta años Martín Santos o Juan Benet seguirán siendo escritores de inmensas minorías (un tanto ampliadas por la informatización), pero sus universos lingüísticos y, en el caso de Benet, extratemporales y extralocales, aparecerán utilizados como materiales básicos o de acarreo en las celtibéricas novelitas de ciencia-ficción. Nadie puede discutir hoy el papel revolucionario de lo experimental si no se limita a ser una pirueta vanguardista, desconectado de una lógica interna cultural.

Pero, igualmente, es inimaginable una desaparición de las formalizaciones de la cultura literaria popular conformada bajo los imperativos de los mass media. Incluso es necesario avanzar que desaparecerán clasificaciones tan ventajistas como las de cultura y subcultura, y tendrá que aceptarse el desafío cultural de lo que hoy llamamos subcultura.

#### EL DESAFÍO FORMAL DE LA CULTURA POPULAR

Creo que la cultura popular plantea un desafío formal al intelectual actual. De hecho, ejerce sobre él una fascinación que le lleva a incorporar temas y materiales, aunque llegue a los niveles de supra-elaboración del más hermético de los lenguajes. Se está produciendo un hecho de trayectoria imprevisible en el devenir cultural: la influencia de la cultura de masas en la aristocrática. De momento, esta relación se ha resuelto por un campismo paternalista, aristocratizante

y que falsea el miedo cultural que el intelectual sigue teniendo ante el paradójico hermetismo de la cultura de masas. Es curioso percibir cómo a medida que el escritor con mayúscula retrocede hasta la madriguera del lenguaje más intransferible de la realidad más superestructural e intransferible, no puede eludir la persecución de la cultura de masas, factor condicionante de escorralamiento que puede resolverse en una auténtica y válida metamorfosis creadora. No es la primera vez que el movimiento se demuestra huyendo o que la huida se convierte en vanguardia de una manifestación.

Pero yo creo que el desafío es fascinante y que no hay otro cauce para una literatura dialéctica, forcejeante con la realidad, transformadora de la realidad, que una *literatura aplicada*, que se plantea la necesidad de aprehender la preceptiva que sublima el gusto popular a través de la llamada subliteratura. Que el poeta culto haga canciones populares, que el novelista habitual de las disquisiciones sobre la ciencia de la literatura escriba novelas de erotismo, de ciencia-ficción, de guardia y ladrones. Ahí cabe la inevitable didáctica del bueno y el malo, del héroe positivo y del negativo. Es ahí donde puede tener su única eficacia la desmitificación, la clarificación y toda la jerga convencional que los progres españoles hemos puesto de moda de tercera boca. Es ahí donde el caza-mitos y el caza-desmitificadores pueden cumplir los altos destinos para los que se sienten llamados. Pero esto entraña una investigación mucho más seria y nada mecanicista sobre la relación escritor-pueblo en el contexto de una organización cultural neocapitalista. De lo contrario se llega a una prematura menopausia, en irritaciones de café-concierto, en «delirium tremens» de alcohólico ideológico que se emborracha con un vaso de tinto con sifón y a una verborrea de abuelo de familia Cebolleta, ese insoportable abuelo que consume su vida contando todas las batallas-victoria que sólo él recuerda, todos los agravios que recibe de solapados intermedios de una realidad que no ha hecho el menor esfuerzo por aprehender.

Las tensiones de la realidad son mucho más difíciles de las que suelen presumirse desde un encastillamiento teórico nunca puesto a prueba por la práctica. La nostalgia del público que nos han quitado se convierte en pura majadería cuando los escritores nos negamos a analizar por qué ese público —sí, es cierto, nos lo han quitado— nos lo quitan cotidianamente. Nos lo quitan y, además, le desconocemos. ■ M. V. M.



# LO SUB

